

»dominarlas. Renuevo á V. mi recomendacion de que se  
»sirva contestarme prontamente, y me reproduzco su  
»afectísimo amigo, atento S. S. Q. B. S. M.—*Tomás Me-  
»jía.*»

El horizonte político empezaba á presentarse, como se ve, preñado de grandes dificultades. Un nuevo empréstito extraordinario que el gobierno de Juarez habia impuesto á los comerciantes y propietarios, sin excepcion de extranjeros, impuesto contra el cual habia representado el ministro de Prusia en Méjico, y las medidas de rigor dictadas contra los conservadores que habian vuelto al país, podian ser causa de un rompimiento sério.

Entre tanto, las fuerzas aliadas de las tres naciones, seguian situándose las españolas en Orizaba, las inglesas en Córdoba, y una parte de las francesas en Tehuacan.

Durante uno de esos dias en que las tropas expedicionarias, así como las del gobierno de Méjico se colocaban en los puntos convenientes, en espera de los resultados de las conferencias que debian verificarse, segun los preliminares de la Soledad, aconteció una horrible desgracia á una de las brigadas mejicanas. Pertenecía ésta á la division de Oajaca que llegó en la tarde del 6 de Marzo á Chalchicomula. La brigada se componia de 1,400 hombres, y fué alojada en la colecturía, donde habia un gran depósito de pólvora. En la noche del mismo dia 6, cuando todo el mundo descansaba, el depósito de pólvora se incendió sin que llegase á saberse de qué manera; hizo una explosion horrible, volando casi todo el edificio, y causando la muerte de 1,024 soldados, 16 oficiales y de otras 300 personas mas entre con-

1862.

Marzo.

ductores de carros y de mujeres que iban en la brigada. El total de víctimas ascendió, como se ve, á mil trescientas cuarenta personas. A la noticia de este lamentable suceso que conmovió á la sociedad, el general D. Ignacio Zaragoza acudió al sitio de la catástrofe para prestar el auxilio necesario á los desgraciados que quedaron heridos, y las tropas españolas y francesas tan luego como tuvieron noticia del triste suceso, enviaron cada una de ellas una seccion del cuerpo médico para curar á los heridos.

Entre tanto los sucesos políticos seguian su marcha. Las tropas conservadoras, deseando dar á conocer á los aliados que el gobierno de Juarez no tenia la solidez que se les habia hecho creer, se presentaban por todas partes; mientras las tropas liberales trataban de destruirles con objeto de patentizar lo contrario.

Aunque ninguno de los prohombres del partido conservador dudaba ya de que las miras de Francia, la Inglaterra y la España, eran las de que se estableciera en el país un gobierno aceptado por la mayoría de la nacion, sin embargo algunos se propusieron examinar de cerca á los aliados para cerciorarse mas y mas de sus intenciones, antes de resolverse á verles como amigos ó como enemigos. Entre esos prohombres se encontraba el general Don Manuel Robles Pezuela, persona que se habia distinguido combatiendo contra los norte-americanos al ser invadida por estos la república mejicana en 1847. Hombre de talento, de saber y de perspicacia, se propuso tener una entrevista con los plenipotenciarios de las naciones aliadas, con el fin de conocer si con efecto se hallaban, como creia, poseidos de los nobles sentimientos que habian manifestado

al país. El deseo de D. Manuel Robles Pezuela era difícil de realizar. Pertenecía, en ideas, al partido moderado, habia servido durante el gobierno conservador, y aunque se habia acogido á la amnistia, el gobierno de Juarez dispuso desterrarle de la capital, designándole el pueblo de Sombrerete para que permaneciese en él hasta nueva orden. El Sr. Robles suplicó que en vez de Sombrerete se le enviase á vivir al mineral del Monte; pero el gobierno insistió en su primera determinacion, y Robles salió para el punto de su confinacion. Resuelto sin embargo, como he dicho, á escudriñar el pensamiento que guiaba á los aliados, cambió de rumbo, y en vez de dirigirse á Sombrerete, tomó el camino de Tehuacan, donde se hallaban los franceses. Le acompañaban en esta expedicion el general conservador D. Antonio Taboada y un criado. Poco despues de haber salido el dia 20 de Marzo, del pueblo de Toxtepec, y á tres leguas de Tehuacan, fueron alcanzados por una fuerza liberal de caballería. El general Robles no hizo resistencia, creyendo que su delito no se reducía á otra cosa que á una desobediencia al gobierno, y fué aprehendido; pero el general Taboada que estaba puesto fuera de la ley desde el fusilamiento de Ocampo, se abrió paso, y merced á su buen caballo, logró salvarse, llegando á poco á Tehuacan.

1862. Comprendiendo Taboada la suerte que le  
Marzo. estaba reservada á Robles, siguió, sin detenerse en Tehuacan, su camino hácia Orizaba, donde se hallaban los comisionados, para decirles lo que pasaba, y á donde llegó el dia 22. Entre tanto el juez de Toxtepec, D. José Mariano Gomez, dió aviso al general Arteaga de lo

acontecido, y éste, despues de haberse hecho cargo del preso, lo condujo á San Andrés Chalchicomula, donde se hallaba el general Don Ignacio Zaragoza, en cuyo poder puso al aprehendido.

Nadie dudó que la suerte reservada á Robles Pezuela, era la muerte; y queriendo salvarle de ella así los comisionados de las tres potencias, como los ministros de Prusia y de los Estados-Unidos en Méjico, Wagner y Corwin, trabajaron para conseguirlo. El general Prim, lo mismo que Jurien de la Graviere, escribieron al general Zaragoza intercediendo por la vida del preso, mientras Wagner, Corwin y otras personas notables se empeñaban en la capital con Juarez para salvarle. Pero todo fué inútil; y á las diez de la mañana del 23 de Marzo, fué fusilado en el pueblo de Chalchicomula. Al recibir la sentencia, D. Manuel Robles pidió recado de escribir, y queriendo manifestar los motivos que le habian impulsado á marchar á los puntos ocupados por las fuerzas de la expedicion, escribió la vispera de su muerte un manifiesto á los mejicanos, explicando su conducta. «En los momentos en que voy á morir,» decia á sus compatriotas, «por una disposicion del »señor general Zaragoza, fundada en que tiene indicios de »que soy traidor á la patria, creo que cumplo con un deber »manifestándoos en pocas palabras mis sentimientos y mis »convicciones. Espero que será creído un hombre que ha »bla al borde del sepulcro; que durante su vida dió algunas pruebas de sincero patriotismo; que atravesó muchas »borrascas revolucionarias sin enriquecerse ni mandar derramar sangre por causas políticas; que buscó siempre la »paz y la conciliacion entre los mejicanos, y que ha he-

«cho y hacia en estos momentos cuantos esfuerzos han es-  
 «tado á su alcance, para contener los horrores que está  
 «sufriendo el país. Yo no soy traidor, ni cedo á nadie en  
 «patriotismo, ni en el deseo del bienestar del pueblo á  
 «que pertenezco. La experiencia y la reflexion me han  
 «convencido, sí, de que en nuestro estado de desmoraliza-  
 «cion y desórden, ya no podemos atajar el mal por nues-  
 «tros solos esfuerzos. Creo que nuestro único remedio con-  
 «siste en aprovechar los ofrecimientos que hoy nos hacen  
 «las naciones europeas, y constituir un gobierno de mora-  
 «lidad y órden; un gobierno nacional y justo, al derredor  
 «del cual puedan agruparse todos los buenos ciudadanos,  
 «olvidando sus rencores y pasiones.

«Si esos ofrecimientos no se aprovechan, ó desgraciada-  
 «mente no fuesen sinceros ó eficaces, ya no hay salvacion  
 «posible para nuestra infortunada patria: volverá á la bar-  
 «barie, y su territorio será ocupado por el pueblo que lo  
 «codicia, sin simpatía alguna por las razas que hoy la  
 «pueblan. Yo iba á procurar cerciorarme de cuáles son  
 «las verdaderas disposiciones de los gobiernos europeos,  
 «antes de tomar parte activa en los negocios. Este es mi  
 «delito: si por él merezco la muerte, justa es la dispo-  
 «sicion del señor Zaragoza, que va á privarme de la exis-  
 «tencia.

1862. »Méjicanos, oidme: no son los desórde-  
 Marzo. nes, el pillaje, los ataques á la religion del  
 «país y las sangrientas ejecuciones, los medios que han  
 «de salvar á la patria. Yo he visto pueblos muy distin-  
 «tos vivir felices bajo formas de gobierno muy distin-  
 «tas; pero ninguna puede serlo sin órden, sin verdadera

«libertad y sin que los habitantes disfruten en sus perso-  
 «nas y propiedades, las garantías que forman la esencia y  
 «objeto de las sociedades. No dirijo reproches á ninguno  
 «de los partidos: hablo con sinceridad á todos los meji-  
 «canos.

«Olvidad todo sentimiento de ódio y de venganza; per-  
 «donaos unos á otros, como yo perdono á los que van á  
 «derramar mi sangre; y quiera el Todopoderoso, ante  
 «quien voy á comparecer, que sea yo la última víctima de  
 «nuestras discordias.—San Andrés Chalchicomula, Marzo  
 «22 de 1862.»

La muerte del general D. Manuel Robles Pezuela fué  
 sentida por todos los hombres que no veian en la política  
 un medio de medrar; por todos los que apreciaban el mé-  
 rito, sin ver á que partido pertenecian. Era hijo de una  
 familia de la buena sociedad mejicana, virtuosa y acomoda-  
 dada: habia hecho una carrera brillante, y era uno de los  
 ingenieros militares mas notables por sus vastos conoci-  
 mientos y claro talento. Hombre de sentimientos genero-  
 sos y de carácter moderado á la vez que exacto en el cum-  
 plimiento de su deber, se conquistó con su tacto y su pru-  
 dencia las simpatías de los habitantes de Veracruz cuando  
 desempeñó el cargo de comandante general de él, y no se  
 hizo menos digno del aprecio de sus compatriotas por su  
 dignidad y patriotismo, cuando fué nombrado ministro  
 plenipotenciario cerca del gobierno de los Estados-Unidos.  
 En todos los empleos que ocupó ya de ministro de la guer-  
 ra, ya de general en jefe del ejército de Oriente, ya de je-  
 fe del poder ejecutivo durante la revolucion llamada de  
 Navidad, observó una conducta noble y franca. Cuando la

batalla de Calpulalpan abrió las puertas de la capital en Diciembre de 1860 al gobierno de D. Benito Juarez, Don Manuel Robles Pezuela que pertenecía al partido de Miramon que acababa de ser vencido, se ocultó, para evitar el verse perseguido, en la legacion de Francia, donde le acogió benévolamente el ministro francés, conde Dubois de Saligny. Transcurridos algunos dias, salió ocultamente para Guanajuato, donde la política del gobernador de aquel Estado, D. Manuel Doblado, siendo relativamente moderada á la que se observaba en la capital, donde bullian las pasiones mas exaltadas, le ofrecia alguna seguridad personal. Nombrado ministro de relaciones D. Manuel Doblado y marchando á desempeñar la cartera á la capital, se modificó en algo la política del gobierno, y D. Manuel Robles Pezuela volvió entonces á Méjico, sin que se viese molestado por ninguno. Así permaneció por algun tiempo, llevando buena amistad con Doblado, hasta que aparecieron en Veracruz las potencias interventoras. En esa época, sin que se haya llegado á saber el motivo, hubo un rompimiento en la amistad entre el expresado ministro Doblado y D. Manuel Robles Pezuela, dando por resultado que éste recibiera una orden de confinamiento al pueblo de Sombrerete, que no cumplió, permaneciendo oculto varios dias en la ciudad. El general D. Manuel Robles Pezuela, **1862.** **Marzo.** habia manifestado siempre ideas de conciliacion entre los partidos, que diesen la paz á los pueblos, y para trabajar con mayores probabilidades de buen éxito en el logro de esa dificil empresa, militó bajo la bandera conservadora con lealtad, pero sin desistir por eso de sus ideas de libertad moderada. La manifestacion

hecha por los comisionados de las tres potencias aliadas diciendo que la mision que llevaban era de unir la opinion de todos los mejicanos para que estableciesen un gobierno sólido que diese á los pueblos las garantías y el bienestar que no pueden disfrutarse en las contiendas políticas, le hicieron ver como realizable el pensamiento de paz que constantemente habia acariciado, sí, con efecto, la intervencion no abrigaba otras ideas que las que proclamaba. Deseando convencerse por sí mismo de la verdad de los hechos, se propuso marchar á Orizaba donde se hallaban los comisionados de las tres potencias aliadas, y hablar con ellos, para escuchar las explicaciones verbales de los plenipotenciarios europeos. Con este objeto salió ocultamente de la capital, como si marchase á cumplir con la orden de confinamiento que hacia poco le habia dado el gobierno; pero en vez de marchar hácia Sombrerete se dirigia á Tehuacan para pasar á Orizaba, cuando, como queda referido, fué aprehendido por una partida de caballería.

El partido conservador ha tratado de probar que el gobierno de Juarez no debió proceder contra la vida de Robles Pezuela cuando los aliados intercedieron por ella. Pero en esto sufren un error. Los aliados habian reconocido en los preliminares de la Soledad, el gobierno de Juarez, como legítimo; no opusieron objecion ninguna al decreto que publicó señalando la pena de muerte á todo el que conspirase contra las leyes de reforma; y el gobierno de Juarez, en consecuencia, obró conforme al derecho reconocido por ellos. No apruebo, ni puedo aprobar la muerte del apreciable general D. Manuel Robles Pezuela; no hu-

bo contra él ninguna prueba de que aceptase la intervencion, sino de que marchaba á persuadirse del objeto de ella, y creo que esto no bastaba para privar de la vida á un hombre, puesto que la pena de muerte solo hablaba con aquellos que favoreciesen la intervencion: tenia, es cierto, el delito de la desobediencia al gobierno, toda vez que se habia ocultado cuando se le dió la órden de confinacion, delito que tomó un carácter mas grave con habersele aprehendido en rumbo opuesto al de Sombrerete y en direccion á los aliados; pero aunque tampoco me parece que esto merecia la terrible pena de muerte, no por esto negaré que el gobierno se hallaba facultado por las facultades omnímodas que se le habian concedido, para obrar de la manera que en ese suceso obró.

La sangre de D. Manuel Robles Pezuela así como la de otros muchos jefes conservadores y liberales se hubiera economizado, si los comisionados de las tres potencias, en vez de hinchadas proclamas de proteccion al país, hubiesen pedido á los dos partidos la suspension de la guerra civil, en tanto que daban á conocer la mision que les llevaba á Méjico. De esta manera hubieran evitado los graves males que á los pueblos causan las luchas intestinas, y en caso de que alguno de ellos se hubiera opuesto al deseo indicado, su oposicion habria servido para indicarles la conducta que debian seguir.

**1862.** El general D. Antonio Taboada que, merced á su buen caballo, logró escaparse de caer en manos de los aprehensores de Robles Pezuela, salió de Orizaba á poco de haber dado la noticia de la prision del segundo, y se dirigió á Córdoba el 23 de Marzo. En el

camino encontró al general Lorencez que marchaba con la division francesa hácia Orizaba. Taboada, sin detenerse á darse á conocer, siguió su camino, y á poco llegó á la hacienda del Potrero, distante dos leguas de Córdoba, donde se encontraba el general D. Juan Nepomuceno Almonte. Inmediatamente pasó á verle, y le entregó varios papeles de interés. Entre estos papeles habia varias cartas de personas de importancia política en el partido conservador, como eran D. Bruno Aguilar, el general D. Severo del Castillo y D. Manuel María Calvo. En ellas le manifestaban á D. Juan Nepomuceno Almonte, que se ponian á su disposicion para obrar de acuerdo en la obra de la regeneracion de la patria, y le enviaban una protesta hecha por algunos jefes principales de la guarnicion de la capital, adhiriéndose al pensamiento de la intervencion. Tambien se encontraba entre las cartas, una de D. Santiago Vidaurri, escrita á Robles, en que le decia que pensaba ir á verle para ponerse de acuerdo con él; lo cual equivalia á manifestar que no estaba en armonía con la política del gobierno de Juarez.

Almonte vió en el contenido de aquellos pliegos la manera de patentizar el disgusto del país contra las instituciones establecidas, y deseando que Taboada pusiese en conocimiento del general francés Lorencez el sentido en que se hallaba la sociedad mejicana respecto de la intervencion, le encargó que fuese á verle á Orizaba, para lo cual le dió una carta de recomendacion. Taboada partió del Potrero, y poco despues se hallaba en Orizaba en el alojamiento del general Lorencez. Este le recibió afectuosamente; y Taboada le pintó la situacion en que se halla-